

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVII

DIARIO DE LA NOCHE

NÚM. 8010

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo los casos de obligación legal.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 30 de Julio de 1888

El Elixir de Proto-cloruro de Hierro con hipofosfitos de cal y de sosa, (véase en la cuarta plana.)

LA SEMANA ANTERIOR

Si la segunda quincena de Julio no desapareciera, cómo desaparecen todas las quincenas y todos los meses y todos los años, Cartagena adquiriría una vida de movimiento tan notable, que nadie podría quejarse de hastio, aburrimiento, ni monotonía.

Cartagena en estos días, no es Cartagena, es decir, no parece serlo.

La animación que reina á todas horas y muy especialmente en las de la noche, transforman la población.

¿Quién no sale de su casa para ver la Feria?

¿Quién no busca en el muelle, el hermoso fresco que nos brindan las brisas marítimas?

¿Quién no se echa á la calle para pasarse por agua y gozar así de la envidiable temperatura que en ella se disfruta?

En esta época no permanece nadie metido en su casa... á menos que le sea imposible—al que pertenece—salir á la calle. Esto no tiene vuelta de hoja.

El que no se exhibe, es porque no puede... ó porque no quiere.

Lo cierto es que la feria ha resultado magnífica.

El salón es espacioso, elegante, fresco y cómodo.

El alumbrado más que suficiente.

Las instalaciones perfectamente dispuestas.

Y la concurrencia que asiste á aquél recinto tan variada, tan alegre y compuesta de tan bellas criaturas, que le dan un aspecto indescriptible.

Para gozar, la feria.

Y para pasear... y para refrescar.

Los refrescos gascosos están de turno.

Verdaderamente el sistema de su confección es bonito y claro, por 25 céntimos se disfruta la vista un rato y se paladea otro rato una delicada esencia y un licor agradable.

El agua y el mateado han pasado de moda.

Son refrescos españoles y antiguos.

Hay priva Inglaterra. Todo lo inglés tiene grandes atractivos, todo, todo, menos los ingleses.

De forasteros nada mal Cartagena; es decir, son pocos, bastan los que se han decidido á visitarla este año.

Y no es esto lo peor, sino que las corridas de toros en Acaenán gran número.

¿Cómo que en los mismos días hay toros en Alicante!

De esta población no vendrá nadie, y de la provincia habrá quien se vaya allí y quien se venga acá.

El forasterismo cartagenero se divide este año, y quizá dividirá á la vez á las empresas de la fiesta nacional.

Allá veremos.

Denuncia equívoca.

El aladro que se expandió en la Ribera á sabido precio.

Ha sido el gran vencedor.

¿Cómo que se te tiene gran afición!

Ciertamente es muy sabroso... tanto como la guayaba debe serlo (pá quien la probó.)

Y la salsa con que está aderezado, vale, vale.

Es de mano maestra. Ni la de Aniceta tiene que ver con ella.

De teatros, nada nuevo. Los dos circos funcionan en competencia... por lo barato.

Y propósito: allá va un romance que me ofrecen para su inserción.

Si les gusta á Vds le agradezco desde luego su oferta al autor, pero si no les place, es el último que admito del romancero novel.

Cuando la carne está cara y el pescado está algo más y el arroz y los garbanzos y el vino también lo está. Cuando está todo á las nubes sin que haya una autoridad que ponga coto al abuso y lo trate de cortar aceptando una medida enérgica y radical.

Cuando lleva una modista por hechuras, mucho más de lo que vale la tela de cretona ó de percal; y el sastre y el zapatero con cuentas que asombro dan abusan del parroquiano, con descaro sin igual.

Cuando la vida es tan cara que el pobre no puede ser privilegiado tan sólo de gentes de gran caudal; parece no sarcasmo horrible que ha inventado Satanás por burlarse en sus regiones de los que estamos acá sufriendo el rudo habén del mundo y su sociedad, y buscando la manera de vivir, sin naufragar ante las olas furiosas de tanta necesidad.

Burla es y burla la llamo pues es burla á no dudar que abarate en este caos de carestía sin igual, tan sólo, por excepción, la monomanía teatral por cinco céntimos hoy hay circo que piezas da, y público que allí acuda aunque vaya sin cenar. Si la risa es alimento, alimento corporal bien pueden sin sacrificio llenarse hasta reventar, pues pedir más haratura sería muy original.

Yo espero que dando ejemplo el arte, en abaratar, pronto por un perro chico podrá comprarse un gabán y unas botas y un sombrero (que haciéndome falta están.) Entonces todos seremos ricos, por necesidad, y ni hablará pobres que pujan ni ricos que quibran dar.

Si hasta que esto sucediera no volviera á escribir más... supongo que no podría, ni testamento, firmar.

Variedades.

LA PEREGRINACIÓN A LA MECA.

La peregrinación á la Meca se emprende en el mes de Julio, llamado *Zoul-Hidjdjé*.

Un viajero que ha seguido la ruta de la peregrinación, publica detalles interesantes sobre ese gran acto del creyente musulmán.

En la India, en Egipto, en Turquía, en Marruecos, todo buen mahometano se prepara así que llega el mes del *Zoul-Hidjdjé* á emprender la excursión á la Meca.

Doscientos mil peregrinos se encaminan hacia *Om-el-Kora* (la madre de las ciudades,) *El-Moharreh* (la noble,) *El-belet el-Amynal* (la región de los fieles,) que todos estos nombres recibe el punto de la Arabia donde se encuentra el *Beithouillah* (la casa de Dios.)

Allí se levanta la *Caaba*, cuya fundación atribuyen los historiadores orientales á Abraham y donde reposan los restos de Mahoma.

Todos los años parte del Gran Cairo la caravana portadora del albornoz ó vestidura sagrada que el khedive manda á la Meca como una muestra de su devoción y respeto al profeta.

Es un espectáculo raro y pintoresco. La partida del sagrado albornoz es anunciada por los cañonazos que dispara la ciudadela del Cairo.

El khedive, los pachás á la cabeza de las tropas, los *Scheiks*, los *Cadís*, los *Ulemas* y todas las corporaciones religiosas acompañan á la caravana mensajera hasta el límite de la ciudad.

Un gran sacerdote sentado sobre la jiba de un camello, es el encargado de dirigir la expedición. Es un hombre viejo, de larga y poblada barba blanca, la cabeza desnuda bajo los rayos abrasadores del sol africano.

Durante el largo viaje tiene la obligación de ir agitando sin cesar la cabeza á un lado y á otro, murmurando al mismo tiempo oraciones y reclamando por esta dura penitencia la sumisión de todos los fieles que le siguen; confiados á su dirección y encargados de su custodia.

Detrás del camello marchan los peregrinos, que no pueden llevar su cuerpo cubierto con otra ropa que una simple capa, *ihram*, sin que se les permita otra clase de prenda, ni aun la camisa. Antes de cubrirse con el *ihram* han debido perfumarse el cuerpo con almizcle, aloe ó otra sustancia aromosa.

Después de esto ya no se les permite otro cuidado de su persona. Está prohibido cortarse el cabello, la barba y las uñas durante el tiempo de la peregrinación.

Les está asimismo vedado todo contacto con el sexo femenino, y cazar aunque sea el más insignificante insecto.

La mujer puede seguir la caravana si va en ella su marido. Si no le tiene, puede tomar uno temporal que la acompañe y guíe. Al regreso, el matrimonio queda libre de todo compromiso, y cada uno de los cónyuges se va á su casa acaso para no volverse á ver en su vida.

Son 200.000 los visitantes del templo. En varios puntos se reúnen antes de su entrada en la ciudad santa. Á *Zoul-Holesat* van algunos que parten de Medina; á *Giafa* los de Damasco; á *Karu* los de Nedjel; á *Jeteruben* los de Yemen; á *Ras Onardan* los de Marruecos, Túnez y Egipto. Todos estos puntos son estaciones designadas por Mahoma.

En la Meca no pueden entrar, pena de la vida, ningún cristiano ó hebreo. Mucho tiempo Mahomed-El-Meccawi, que habitaba hacía diez años en Cadda, como le preguntase si podría

conducirme á la Caaba, me dijo; con el sombrero en la mano, si estaba loco. Allí no se entra vivo sin ayunar, y tenía razón.

Al llegar á la Meca, el peregrino que no halla ni carruaje que le conduzca ni posada que le albergue, recita su plegaria. La frase *la illa illa na rasul Mahamet illa*, la repite millones de veces. Después penetra en el templo *Bab-El-Salam* (por la puerta de la Salud), que está cerca de la piedra en la que se refiere está impresa la huella del pie de Abraham, la besa, reza otra vez, y espera á que comience la gran procesión que da siete vueltas.

Inútil es decir que el tiempo de su estancia en la Meca es un continuo rezo. Ninguna preocupación distrae la mente del peregrino musulmán, ningún cuidado. Las reuniones, los banquetes y las fiestas están en absoluto prohibidos en la época en que no se hace otra cosa que invocar á Dios para que perdone á los fieles sus pecados, y cuando se acerca el instante de regresar, las preces é invocaciones se reiteran con mayor frecuencia y devoción.

En el valle de Mina se celebra *Jam-terwia* (día de la reflexión), conmemorando la incertidumbre de Abraham cuando el Señor le dió la orden de que sacrificara á su hijo. En lo alto de la montaña *Arabat* se entregan á nuevas plegarias, creyendo que de aquel paraje se regresa con el alma purificada de toda impiedad.

La vuelta de los peregrinos á su país, se celebra con grandes festividades. Salen á su encuentro y se ejecutan bailes y entonan cánticos. Una música extravagante taladra los oídos con (santos purificados) que regresan del lugar de la Salud.

A los bailes y cantos, á la música y las fiestas acompañan otras ceremonias que atestiguan con cuánta fiereza, con cuánto desprecio de la malicia y con cuánto abandono de las necesidades de la vida atestiguan su profunda fe. La selvática ingenuidad del espíritu religioso se apodera de aquellos seres humanos, que consideran que el sacrificio del cuerpo es bastante para hacerse mercedores de los bienes prometidos al creyente en Dios y en su gran profeta.

Se aporrecan las carnes, se clavan espadas en medio de un delirio ascético, provocado por el movimiento vertiginoso en que procuran ahogar todo pensamiento humano.

Recuerda entre estas manifestaciones delirantes, á las que no puede asistir sin profunda indignación, la ceremonia que llaman del Caballo, que presencié hace pocos años en una de las principales calles del Cairo, hallándose presidiéndola el jefe del Estado y varios de sus grandes dignatarios.

Era el coronamiento de la gran obra de la peregrinación, que los ingleses han abolido con escándalo de los musulmanes devotos.

En la extensión de casi un kilómetro se extendía una alfombra humana formando masa compacta. Viejos, jóvenes, muchachos, apretados unos con otros sin que entre sus cuerpos quedara el menor espacio, esperaban á que de la mezquita saliese montado en fogosa corcel el gran sacerdote.

Era allí torriendo á lo largo del camino, atropellando á los creyentes. El que moría, el que siquiera quedaba herido, ese era considerado por muy feliz. El que lograba la buena suerte de ser tocado por los cascos del caballo santificado, podía contar como seguras con las delicias eternas del paraíso.

El frenesí no tenía límites. Ni una lágrima se veía asomar á las pupilas del padre, de la madre, de la esposa, cuando veían recoger el cadáver de un ser querido.

—Bendito sea!—exclamaban.—¡Suyo es el el reino de Dios!